

## **Pregón 2010, Crispín d'Olot**

Había una vez un rey  
melancólico y enfermo  
de larga barba blanca,  
ojos de nubarrón negro  
y corazón de grises peñas y de brezo.  
Había una vez un rey llamado Invierno.  
Como todo gran señor  
poseía un castillo muy altanero  
construido en el principio de los tiempos  
emplazado a más de dos mil metros  
sobre las cumbres altas,  
sobre las límpias cumbres del Teleno.  
Desde allí el anciano rey  
imponía su despótico gobierno  
sobre toda viviente criatura,  
señor de lo vivo y de lo muerto.  
Y como todo gran monarca viejo  
alimentaba de sombras un ejército:  
su clarín era el lobo,  
sus emisarios, los cuervos,  
las raposas, sus espías,  
sus jinetes los vientos,

sus arqueros, el granizo y la nevada,  
su infantería, cellisca y aguacero.

Había una vez un rey hurraño y viejo....

¡Cuántas veces dejó sentir su hastío  
sobre campos marchitos y páramos desiertos!

¡Cuántas veces después de una rabieta  
un manto blanco unió las cumbres y los huertos!

¡Y cuántas veces los árboles tronzó  
y anego las praderas y vaguadas histérico!

Su talante infantil con egoísta vara regía;  
todo lo ataba su desprecio:

a la débil viva criatura  
y a la piedra, que no conoce el miedo.

Los caminos cegaba este monarca,  
y torcía el cauce de los ríos en sus lechos;  
los días acortaba

robándole a la tierra los rayos del sol bello  
y avaro los guarda

bajo el manto de nubes de su imperio.

Se llevaba los frutos,

la mies, el trigo, el pan ameno,

e impedía que otra cosa naciese

que no fueran cenizas en su frígido reino.

Al ave silenciaba su canto generoso,  
al débil, retiraba su sustento,  
y era condenada a fatal muerte  
la recién nacida criatura en su mano de hierro.

Había una vez un rey  
que la vida envidiaba en sus adentros.

Su saña había sometido a todas las criaturas  
pero...

una de ellas, quizá la más extraña,  
no quería plegarse a sus deseos.

El hombre,  
de todo lo creado bajo la capa del cielo,  
era quien menos toleraba aquel reinado gélido.

El hombre, con fastidio,  
se veía encorvado en su casa junto al fuego,  
sin luz de sol,  
sin amores,  
esperando el deshielo,  
empleando en mantener caliente el nido  
su dinero.

De puertas para afuera usaba abrigo,  
guantes, paraguas, botas, fieltros,  
y si hablaba lo hacía muy bajito,

casi sin aliento,  
porque el invierno, con una mano fría,  
les tapaba la boca y mandaba silencio.  
La lluvia, los días recortados,  
las carreteras duras de nieve y hielo,  
las máquinas de acero ruidosas  
despejando el trayecto;  
los achaques de la edad,  
los resfriados tercos,  
las gripes, resbalones y caídas,  
hacían a los hombres soñar,  
soñar despiertos,  
con el curso de las aves migratorias,  
con litorales espléndidos de luz y de mar plenos,  
con latitudes donde la primavera  
ejerciese su dulce gobierno.  
Pero, ¡ay!, agria es la vida del hombre,  
clavel tierno,  
es breve y lo atan a su tierra  
las carnales raíces del lamento.  
Y así muchos soportaban  
al saturnal monarca con estoico misterio.  
Pero en un lugar de su dominio extenso,

hay una ciudad, una villa,  
donde un alzamiento se está urdiendo  
contra el rey poderoso  
y su temible y espantoso ejército.  
Vega adentro, La Bañeza,  
La Bañeza, vega adentro,  
labrada entre santos ríos,  
el Duerna, el Órbigo, el Tuerto,  
es el lugar, es la plaza,  
es el corazón del sueño.  
Allí, comenzó a gestarse  
la rebelión del pueblo  
contra el toque de queda del Invierno.  
Allí la aguja y el dedal  
con ayuda del corazón y del cerebro,  
dirigidas por la ardiente fantasía,  
la más encarnizada enemiga de los hielos,  
su danza de patrones y recortes emprendieron:  
coser y cortar, cortar y coser,  
coser y cantar, cantar cosiendo,  
contra la cárcel del rey del aterrimiento.  
Allí, en La Bañeza,  
vega adentro, vega adentro,

allí, se pertrecho de paramentos  
el más extraño ejército  
que historiador alguno  
registró en sus prolijos mamotretos.

Allí se disfrazó la población en pleno  
a combatir al rey de los neveros.

Allí un ejército de hombres y mujeres,  
de niños y de viejos,  
salieron a la calle vestidos de arcoiris  
a combatir a grados bajo cero.

¡Qué ejército tan pintoresco y fiero!  
armado hasta los dientes de pelucas, de sombreros de bruja,  
con purpurina charolando sus cabellos;  
con bigotes de pega y barbas de jamelgo;  
con parches en el ojo,  
abrigo con remiendos...

¡Qué ejército tan pintoresco y fresco!

Marchan pintiparados  
formando un desconcierto  
que late a un solo ritmo  
de corazón inmenso.

Son como un seísmo de alegría,  
de locura un corrimiento,

como si los pinares de Tabuyo  
se hubieran puesto en movimiento,  
Abandonan sus casas, salen de ellas,  
no importa el clarín de queda del invierno,  
no importa que las fuentes se congelen,  
que los coches no arranquen,  
que no arraigue el fuego,  
han tomado la calle los rebeldes  
que avanzan contra el tedio.

De pronto hay un clamor de máscaras diciendo:

-Huye, frío y seco invierno.

Es mejor que respetes La Bañeza,  
que te guardes de este carnaval de fuego.

Retrocede a tu gélida morada,  
torna a las pacientes cumbres blancas del Teleno.

Atrás, anciano desabrido,  
porque aquí en La Bañeza ¡basta! hemos dicho y queremos  
que sea de primavera nuestro invierno.

Basta de lloros y lamentaciones,  
basta de penas, basta de padecimientos,  
basta de rencores que nos hielan el pecho,  
basta de desilusiones,  
basta de resentimientos,

basta de mediocres vidas y de mediocres sueños,  
basta de medias tintas.

Ahora manda el carnaval,  
el bañezano alzamiento.

Vete rey de los grajos y de los chopos secos.

Abandona este lar por unos días,  
retírate a tu cámara de hielo,  
deja estas criaturas ser semillas,  
semilleros de sueños aunque sea invierno.

Con máscara y disfraz de ti burlamos  
saturno de grave y pesaroso ceño,  
de tu guadaña de carámbanos  
y de tu reló de viento.

Y si quieres buscarnos, rey Invierno,  
te lo advierto, disfrazados jamás sabrás  
quién dijo esto.

Y cuenta la leyenda que oyéndolo  
huyó de La Bañeza horrorizado,  
montado sobre un corcel de cierzo,  
el implacable Invierno.

Hubo una vez un rey melancólico y enfermo.

Porque ser los carnavales de La Bañeza de los carnavales con más  
tradición en España, Vosotros Sí Que Valéis.

Porque los bañezanos han corrido los carnavales con o sin prohibición,



V. S. Q. V.

Porque cuando os disfrazáis no os conoce un la madre que os parió, V. S. Q. V.

Por venir de La Bañeza y también de Jiménez y de Requejo y de Soto y de Huerga y de Valcabao y de todos los pueblos de dentro y fuera de la comarca, V. S. Q. V.

Porque nada más concluir este carnaval ya estáis trabajando en el del próximo año, V. S. Q. V.

Porque mientras haya bañezanos, habrá carnaval, V. S. Q. V.

Crispín d'Olot, 2010.